

**Cuentos caníbales:  
antología de nuevos narradores colombianos**  
*Luz Mary Giraldo (ed.)*  
**Bogotá: Alfaguara, 2002.**

¿Hombre come hombre? Ésa es la pregunta de *Cuentos caníbales*. En esta selección de cuentos, preparada por Luz Mary Giraldo, no se plasma la práctica ancestral y atávica de algunos de nuestros abuelos más lejanos y de algunas tribus perdidas en la selva cuando se reúnen frente al delicioso muslo de un bípedo. La práctica, por supuesto, es la del canibalismo del día a día, de la supervivencia en nuestras calles. Es la práctica del *comerse vivo al otro*, como se dice coloquial y figuradamente. Es matarlo, comer su alma para que yo pueda sobrevivir. En otras palabras, la única ley que rige, bien sea en una selva natural o en una de concreto y que se plasma en estos cuentos, es la del “sálvese quien pueda”.

Para continuar con nuestra idea, digamos que hay frases en filosofía que se convierten en memorables perogrulladas. Quién no ha escuchado el famoso “solo sé que nada sé”, o “el hombre es un ser social por naturaleza”. Pues sigamos en ese camino de la no originalidad y rescatemos la famosa frase de Hobbes cuando dijo que “el hombre es un lobo para el hombre”. Pues nada que se acomode mejor en esta selección de cuentos, porque se ve claramente que aquí los personajes entre sí no son más que formas variadas de alcanzar objetivos y metas, lo que se refleja en una completa desvalorización y deshumanización. Aquí, un personaje cualquiera no es más que carne fresca para que otro pueda seguir sobreviviendo. Y una carne resulta ser igual a otra: da lo mismo *comer* o *volverse* carne de guerrillero, paramilitar, esmeraldero, mafioso arruinado o presentadora de televisión; carnes todas iguales, *indiferentes*. Cabe recordar también la *ambivalence* de Pierre Zima, cuando plantea que en un mundo regido por el dinero y el recambio todo da lo mismo. Nada más cierto eso que en el mundo de la supervivencia, porque en el mundo de la jungla da lo mismo cualquier máscara, cualquier disfraz para conseguir cualquier tipo de alimento. Ya se sabe que los lobos son famosos por disfrazarse de ovejas.

*Cuentos caníbales* llama la atención por dos cosas: su título sugestivo y ese color rojo sangre de la portada. Obviamente, la temática del canibalismo hay que desentrañarla en su sugerencia y no en su obviedad. No es de creer que la literatura colombiana soporte un tratamiento en el cual la práctica del canibalismo se muestre abiertamente. Eso, por ahora, se podría dejar para cierta litera-

tura demasiado *underground*, y nuestras editoriales comerciales aún no apuestan por eso. El término canibalismo está referido aun más allá. Las historias parecen tener algo en común: una desazón, un cierto vacío frente a la existencia y un deseo (ahí viene el canibalismo) de ver al otro como medio, y no como fin, como ingenuamente pretendía Kant.

Pero no es de pensar tampoco que en estas historias están delineadas claramente las víctimas y los victimarios. Todos participan del mismo juego, y por ello es que todos son fines y medios a la vez. En estas historias, entonces, lejos está la situación en la cual triunfa el macho. Las historias en las cuales el superhéroe se eleva por encima de la naturaleza física y humana se pueden dejar para cierta literatura de taller literario. Se podría decir que las historias de estos cuentos están protagonizadas por unos completos perdedores: ¡Viva el perdedor! Estos personajes no son los bullosos que pueden con todo. Por el contrario, llegan a ser demasiado silenciosos.

En el cuento “La última oportunidad” es donde mejor puede verse esto. Allí, el héroe trágico se ve metido en una maraña de situaciones que son ajenas a su real opción, pero que son necesarias para alcanzar una banal meta económica. En estas situaciones están implicados paramilitares, esmeralderos y, peor aun, una amante con la cual se ve obligado a casarse y vivir con ella para toda la vida. Su lema es simple cuando dice: “yo no era ningún triunfador”. Éste resulta ser uno de los cuentos más interesantes, porque recuerda lo mejor de Santiago Gamboa con su novela *Perder es cuestión de método*. El mismo Gamboa también participa con un buen relato: “Muy cerca del mar te escribo”, donde se muestra que el infierno de Colombia puede encontrarse por dentro.

Tal vez lo que más llama la atención de estos cuentos es que la problemática de Colombia no es vista con tintes sociologizantes, sino que el país no es más que un decorado, un mal estado del alma. Los problemas de Colombia son vistos en perspectiva desde otra realidad (Argelia, París, Bélgica, Escocia), y así lo dice el narrador de la anterior historia mientras se encuentra en Argelia: “yo creía que la Bogotá de las bombas en la época del terrorismo era el límite de lo tolerable. Pero este Argel lo supera”. Lo que demuestran estos cuentos es que las desgracias no tienen nacionalidad, pero los colombianos somos los únicos que creemos que nuestro infierno es *El Infierno*.

Aunque es paralelo el tono y la intención de todas estas historias, hay, sin embargo, ciertas objeciones. La presentación inicial hecha por la seleccionadora no es más que una serie de esquemas en los cuales se separa a los escritores por fecha de nacimiento, y esto a veces raya en lo ingenuo. Estos esquemas, como se sabe, no funcionan en literatura y menos aún en la vida. Pero bueno, la principal

razón para la selección de los cuentos fueron las fechas de nacimiento de los escritores (¿por qué no habrá una sola escritora?), pero el problema radica en esa rigurosidad a la hora de explicar su escritura. Que los escritores nacidos en estos años tienen estas y aquellas influencias; que los nacidos después tienen otras, como cuando dice que en los nacidos en los sesentas “hay sensación de gravedad”, y en los nacidos en los setentas “de escepticismo o ligereza”. En este esquematismo todos los que tienen hoy entre treinta y cuarenta años resultan ser hijos de *hippies*. En la realidad muchos apenas añoran serlo.

Algunos cuentos que se pueden resaltar son “La magia del Joe Domínguez” de Pedro Badrán Padui, donde se relata el ascenso y descenso de uno de nuestros productos regionales, el mafioso; pero su tratamiento es literariamente logrado. “Semejante a la vida” de Ricardo Silva, muestra el mejor humor negro de la colección, burlándose de los famosos *talk shows*, tan de moda por nuestra comarca. “Kamandil Viarko” de Antonio Ungar, es el de la alusión más directa al canibalismo del pueblo atcheno, pero lo que refleja es su desazón de no tener patria y, peor que eso, soportar a los franceses en París. “Lugares para esconderse” de Juan Gabriel Vásquez, maneja un misterio y una desazón de principio a fin que recuerda la gran obra de Henry James, *Otra vuelta de tuerca*.

Hay dos cuentos que fueron escogidos (ojalá fuera por razones de edad, como tan excesivamente lo señala la seleccionadora, y no por cuestiones de mercado), pero que no reflejan la naturaleza del canibalismo de los cuentos en general. Son “Gorgona” de Juan Carlos Botero, y “María de mis sueños” de Jorge Franco. El del primero desentona con el conjunto porque es la narración de un personaje estrato ocho que le agrega adrenalina a su vida zambulléndose en las profundidades del mar para ahuyentar el tedio de su vida; desentona porque tal vez en los otros cuentos la adrenalina es agregada por el diario vivir. La supervivencia es, en definitiva, el deporte extremo del común de los mortales. Y el segundo es una especie de amores insípidos, a los cuales nos tiene acostumbrado el rosarino escritor. Pero, en general, se trata de una buena selección de cuentos, escritos por autores jóvenes con una visión negra de la vida.

Wilson Orozco  
Universidad de Antioquia

